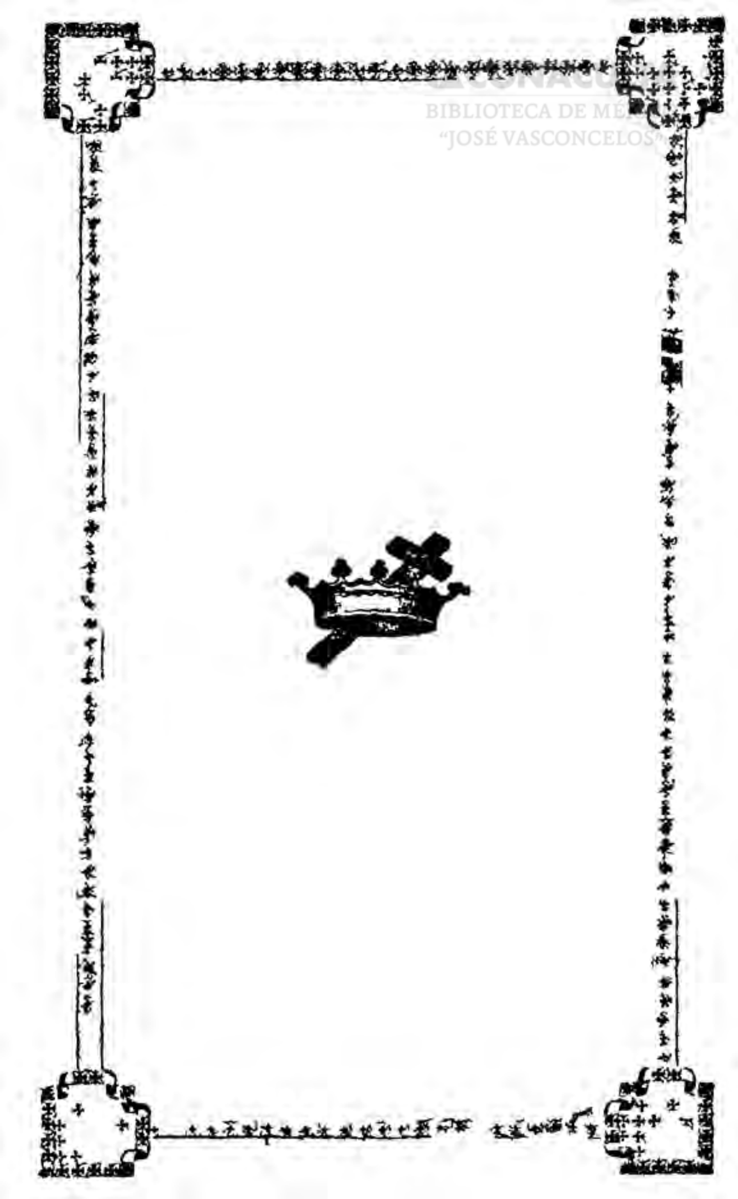




SERMON

PREDICADO POR EL

R. P. FR. JOSE M. PORTUGAL,

EL 15 DE AGOSTO DEL PRESENTE AÑO,

EN LA PARROQUIA DE LA ASUNCION

DE

ESTA CIUDAD.



AGUASCALIENTES.
1884.

Imprenta de Trinidad Pedroza,
1ª de la Cárcel Nº 6.

SERMON

PREDICADO POR EL

R. P. FR. JOSE M. PORTUGAL,

EL 15 DE AGOSTO DEL PRESENTE AÑO,

EN LA PARROQUIA DE LA ASUNCION

DE

ESTA CIUDAD.



AGUASCALIENTES.
1884.

IMPRENTA DE TRINIDAD PEDROZA,
1ª de la Cárcel Nº 6.



SANTA VISITA EN AGUASCALIENTES.

Agosto 17 de 1884.

Habiendo escuchado con atencion y con agrado el sermon que predicó el M. R. P. Fr. José M. Portugal, en la solemne funcion que celebró esta Iglesia Parroquial el dia 15 del corriente, para honrar el augusto misterio de la Asuncion de la Santísima Vírgen á los cielos, su titular; y considerando muy provechosa su lectura á los fieles de la Diócesis, hemos tenido á bien disponer que se imprima el citado sermon y que se distribuyan los ejemplares principalmente entre los eclesiásticos y demas habitantes de esta ciudad.

El Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo así lo proveyó y firmó.

M. El Arzobispo de Guadalajara.

Jacinto López,
Secretario.



Veni de Líbano, sponsa mea, veni de Líbano, veni: coronaberis.
CANT. IV. 8.
Ven del Líbano, Esposa mia, ven del Líbano; ven y serás coronada.

ILLMO. SOR. [1]

SEÑORES:

Hoy nos reunimos en este hermoso templo para celebrar la Asuncion á los cielos de la Purísima Vírgen María, Nuestra Señora; y yo, debiendo al presente, no sólo interpretar vuestros nobles sentimientos de piedad, sí que tambien avivarlos más y más, os pregunto: para lograrlo, ¿tendré que arrancar de mi pecho un triste y amargo lamento de indecible pena? ó, ¿rebosando de júbilo el alma, levantando mis ojos al cielo, entonaré un canto de gloria, un himno de dulce alabanza? Si tan sólo pensamos que aquella sagrada criatura, el encanto y consuelo del hombre, se ausentó de la tierra; preciso es llorar, nos dice el corazon, y llorar sin descanso, si recordamos que Jesus ántes de morir, nos la dejó por Madre; porque perder esta Madre, despues que el Sér amado que nos dió la vida subió á los cielos, ¿no es en lo humano una funesta desgracia que abre en el alma las insaciables y abundantes fuentes del dolor? Cubriré de nubes el sol, dijo el Señor en otro tiem-

(1) El Illmo. Sor. Dr. D. Pedro Loza.

po, y la luna no dará su luz, y haré que las lumbreras del cielo vistan de luto por Tí. (1) ¡Ay! que ni áun este consuelo nos queda, si así se le quiere llamar; al contrario, las lumbreras del cielo, los ángeles santos de Dios, en este dia visten de gala, y llenos de gozo, bendicen á Dios que ha elevado hasta su regio trono á la excelsa y purísima criatura que ellos tienen por su amada Reina.

¡Ay, que no fuimos dignos de tenerla con nosotros! Era un tesoro de riquísima valía, con el cual, la tierra, si lícito es decirlo, pudiera causar envidia al mismo cielo; y si envidia no causaba, pudo inspirar al mismo Rey del cielo un amor tan grande, que lo hizo bajar de las alturas y venir á su seno, y reposar en sus brazos.

Al ausentarse, pues, de nosotros, María, tenemos que añadir al desconsuelo, la pobreza, fuente tambien de amargura. Mas cambiemos ya nuestros débiles acentos, por cánticos de amor y de alegría. ¿Cómo así? Estas divinas palabras lo van á decir: Ven del Líbano, Esposa mia, ven del Líbano, ven y serás coronada. El Padre llama á su hermosa y muy amada Hija; el Verbo de Dios recibe á su Madre; el Espíritu Santo corona á su Esposa. Y tan noble y excelsa criatura, es la honra y delicia del hombre; y despues de Jesus, dulcísimo objeto de todo su amor; su hermana, su Madre, su amparo y consuelo; y por esto, ese hombre, al ver que el Señor la cubre de gloria, y que ciñe su frente con regia diadema; al oir que la llama con tanta dulzura, el gozo lo inunda y brotan de sus labios los más hermosos cánticos de amor y de alabanza: Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendicion, y honra, y gloria, y potestad por los siglos de los siglos. (2)

Alégrese, pues, el corazon en Dios, que ha llevado á los

(1) Greg. XXII. 7, 8.
(2) Apoc. V. 13.

cielos á esa felicísima criatura á quien amamos con ardiente y singular cariño; y en cuya gloriosa Asuncion fueron premiadas dignamente sus virtudes, y quedó confirmada más y más nuestra esperanza cristiana. Hé aquí el objeto que ocupará vuestra atencion en este rato. Y para que todo sea á gloria del Señor y honra de María, pidamos los auxilios de la gracia, por medio de esta Purísima Reina, á quien saludamos con el Angel.

Ave María.

Ven del Líbano, Esposa mia, ven del Líbano: ven y serás coronada.

ILLMO. SOR.

Señores:

Grande y elevada es tu justicia, decía David al Señor, grande y elevada, como los montes altísimos de Dios: y son tus juicios como un abismo profundo. (1) Y San Pablo nos dijo: Reine la gracia por la justicia. (2) Celebrar el premio de la justicia del Eterno, y las riquezas y excelencias de su divina gracia, es lo más grato al corazon del hombre; y ved lo que hoy hacemos con motivo de la gloriosa Asuncion de Nuestra querida Reina, la Purísima Vírgen María. Dios, al llevarla á los cielos, os he dicho, premió dignamente sus virtudes: fueron estas muy grandes; ¿queréis descubrir, siquiera en parte, tal grandeza? Pues oid:

La virtud es el esfuerzo del alma que la hace descender al abismo de su propia nada, y en seguida la eleva y la une

(1) Ps. XXXV. 7.
(2) Rom. V. 21.

con Dios. Camino es de la verdad aquel descanso, y esta subida nos lleva al amor. Humilla tu corazon, dice el Eclesiástico, y estréchate con Dios. [1] Ahora, decidme: ¿quién se ha humillado tan profundamente delante del Señor, como María? Nadie lo ha hecho, ni ha podido hacerlo. Acaso en esto último hallaréis dificultad; pero vedla disipada. El conocimiento de nosotros mismos, proviene de la luz del cielo, y es fortalecido con la gracia del Señor; y por lo mismo, cuanto fuere más pura y espléndida la luz y más abundante la gracia, será más grande aquel conocimiento de que hablamos, y podrémos descender á mayor profundidad en el abismo de la nada que somos todas las criaturas delante del Señor. Mas, decidme, ¿dónde está la criatura que haya recibido la luz de los cielos con tanta riqueza y profusion como María, ó á quien haya prevenido y confirmado la gracia del Señor como á esta Niña purísima y perfecta? Nadie, por lo mismo, como Ella, ha podido humillarse á los ojos del Eterno.

¿Habrá por ventura quien como Ella, tambien, se haya unido al Señor? Recordad el instante precioso y por siempre bendito en que el Verbo de Dios se hizo hombre en su seno inmaculado, y decidme si despues de la union hipostática, se halla otra más firme y sagrada, más íntima y pura, más bella y sublime que la que esa Madre tiene con su Hijo. Así tambien la tienen, tal vez se dirá, las otras madres con sus propios hijos. Nada de eso, Señores. Hay entre el Verbo de Dios y esta Niña sagrada, un vínculo de union, divino y misterioso que deja muy léjos aquel que se forma en el seno de las otras madres: este nace con el tiempo, por decirlo así, y no se levanta del órden natural; mas la union del Verbo de Dios con su querida Madre, se nos presenta como eterno, é irradiando su bendita luz, desde

(1) II. 2, 3.

las cumbres más elevadas de la gracia. Yo salí de la boca del Altísimo, nos dice María, y fuí engendrada ántes que toda criatura.....y el que me crió reposó en mi tabernáculo, descansó en mi seno. (1)

Por esto, cuando una mujer dijo al Salvador del mundo estas palabras: Feliz el vientre que te llevó, y los pechos que te dieron de mamar, Jesus le contestó: Felices más bien los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica. (2) Porque aquella union, si bien tan dichosa y bendita, con todo, no era tan íntima y sublime, como la otra en que nos ocupamos, y que dió á María una plenitud de Dios, tan grande y poderosa, que segun S. Leon y S. Bernardo, hizo fecunda su carne virginal.

Busca el Señor un corazon vacío y que no esté manchado con amor terreno, para llenarlo de su santa gracia; y sólo María, nos dice el Angel de la escuela, se lo presenta inmaculado y sin ningun defecto; y cual vaso admirable y obra del Excelso, para que el mismo Dios lo llene y lo haga rebosar de aquella gracia. No porque hubiera existido ni un instante sin ella, sino vacío de sí mismo por su profunda humildad, y lleno siempre de Dios.

La pureza nos une al Señor; y si nadie fué tan pura como esta Niña preciosa, nadie como Ella pudo unirse al Señor.

Los mismos ángeles, nos dice S. Bernardo, ¿podrán comparar su pureza con la de Aquella celestial criatura que fué Sagrario del Espíritu Santo, y habitacion del Hijo de Dios?

Lo dicho nos descubre la grandeza y excelencia de las santas virtudes de María; y notad que apénas hemos puesto nuestros ojos en su bendita humildad, y en la union que con Dios le dió su pureza.

---

(1) Eccl. XXIV.
(2) Luc. XI. 27. 28.

Despues de esto, ¿no podrá decir esta Purísima Vírgen, cuando el Señor la eleva á los cielos: Su Majestad ha ceñido mi frente con corona de justicia; mi alma se gozará en su Dios, porque me ha vestido con ropaje de salud; y me ha cubierto con manto de justicia?

Bendita, pues, una y mil veces bendita, la divina justicia del Eterno que así premia las admirables virtudes de María.

Contemplemos ya, las bellezas y encantos de la gracia en la Asuncion de María.

Al subir á los cielos el Redentor de los hombres, los ángeles que formaban su brillante cortejo, decian así: Levantad, oh príncipes vuestras puertas, y elevaos vosotras, oh puertas de la eternidad, y entrará el Rey de la gloria. Y se les decia: ¿Quién es el Rey de la gloria? Es el Señor fuerte y poderoso en las batallas, el Señor de los ejércitos. (1) En la Asuncion de María, los ángeles exclaman: ¿Quién es esta que sube del desierto como una columnita de humo, formada de perfumes de mirra, y de incienso, y de toda especie de aromas; apacible cual naciente aurora, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército en órden de batalla; que se eleva rebosando en delicias, apoyada en su amado? (2) En los brazos de su amado está su fuerza, y la gracia la eleva hasta los cielos, donde Jesus habia subido por su propia virtud.

Bellísima es María, como naciente aurora, como la luna; así la contemplaron, acabamos de decir, los ángeles de Dios, cuando fué llevada al cielo; mas, ¿quién es el Criador de la belleza, sino Dios?

Las virtudes de esta Niña son más brillantes que el sol, más fragantes que el perfume del incienso, y de la mirra, y de toda especie de aromas; pero Dios, bien lo sabemos,

(1) Ps. XXIII.
(2) Cant III. 6—6. 9—8. 5.

es el principio y la corona de toda virtud y santidad.

¿Quién hay semejante al Señor? Todas las naciones son en su presencia, como si no fueran, y como una cosa que no existe, así son consideradas por su Majestad. (1) Jamas la criatura podrá franquear el infinito abismo que la tiene separada del Criador,. ¿por qué, pues, al hablar de María, y al contemplarla elevada á los cielos, la llamamos grande, excelsa y admirable? Ella misma nos dirá por qué: El Señor vió la humildad de su esclava, y por esto me llamarán dichosa todas las generaciones; porque obró en Mí grandes cosas, el Omnipotente, y cuyo nombre es santo; y sus misericordias se derraman de generacion en generacion sobre los que le temen. He aquí la razon de su grandeza: la complacencia con que el Señor la quiso contemplar; y á la que correspondió perfectamente. La amó sobre todas las demas criaturas; y derramó en su alma la divina gracia, con tanta abundancia y profusion, que de su plenitud la recibimos todos, nos dice S. Bernardo. Gracia inmensa, la llama S. Epifanio. Gracia inagotable, nos dice el Angel de la escuela, y que es suficiente para llenar el mundo entero.

Grandes, muy grandes fueron los méritos y excelencias de María; mas Dios, cuando la lleva á la gloria, corona sus propios dones. El principio del mérito es la gracia: vida, luz y gloria del alma; y Dios en sí mismo y para nosotros, por su infinita bondad, es principio de toda vida, orígen de toda luz, corona de toda gloria.

Por no molestaros, trataré brevemente el segundo punto que os propuse: La Asuncion de la Purísima Vígen María, confirma más y más nuestra esperanza cristiana.

Uno es el mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, que se dió á Sí mismo en redencion por to-

(1) Isa. XL. 17.

dos; (1) pero Jesucristo es Dios, es juez de vivos y muertos; y es, en fin, un fuego consumidor. Tenemos, por lo mismo, que temer; y nuestros temores acaso podrán impedir la dulce confianza en la bondad de aquel Señor que se entregó por nosotros á la muerte; por esto es necesario, dice San Bernardo, que tengamos quien se acerque por nosotros á su Majestad; y nadie puede hacerlo más bien que María, porque nada le niega el Dios que quiso ser su Hijo; y respecto de nosotros, á nadie podemos llegar con más confianza que á María; pues ella es amabilísima y está llena de piedad y gracia, de mansedumbre y de misericordia; á todos abre el seno de su inefable clemencia, para que todos reciban de su plenitud: el cautivo la redencion, el enfermo la salud, el afligido el consuelo, el pecador la indulgencia, el justo la gracia; gloria y alabanza la Divina Trinidad; y la persona del Hijo, la carne inmaculada de su seno.

Ahora bien; esa mediacion de María, cuando esta Niña fué llevada al cielo, llegó, sin duda, á su mas elevada potencia, y fué para nosotros desde entónces, de mayor provecho. En ese dia fué solemnemente aclamada por reina de los cielos y la tierra; Jesus la puso á su diestra, en un trono de inefable grandeza; y allí, cerca, muy cerca de su Hijo, alcanza para nosotros cuanto pide; y es tanto el poder de sus plegarias, que San Pedro Damiano nos dice, que esa Purísima Vírgen llega al altar de la reconciliacion humana, no como quien ruega, sí como quien manda; como Señora, no como esclava, porque el Hijo quiere honrarla accediendo siempre á sus ruegos.

María, desde el trono de su gloria, conoce más bien que acá en la tierra, todos nuestros males, mide la extension de nuestros infortunios; una por una cuenta nuestras lágri-

(1) Tim. II, 5, 6.

mas; y su compasion por nosotros es más viva y sensible; y su poder más grande.

Hé aquí por qué motivo en el presente día sentimos en el alma un júbilo inefable; y bendecimos á Dios con todo el corazon: bellísima y amable, lozana y vigorosa se ha presentado á nuestros ojos la esperanza cristiana.

Ved, pues, Señores, cómo el Altísimo Dios ha hecho brillar á nuestros ojos, su divina justicia y los encantos y bellezas de su gracia, con toda su magnificencia y poderío, al llevar á los cielos á su santa Madre, la Purísima Vírgen María, Reina de los ángeles y de los hombres; y nos ha manifestado su entrañable amor, y el gran deseo que tiene de salvarnos, cuando así nos facilita el acceso al trono de su gran misericordia, para que podamos implorarla en el tiempo conveniente.

Ántes de concluir, contemplemos la hermosura y gracias de María; desahoguemos nuestro amor, y hagamos nuestra su gloria.

¿Quién puede contemplarla un momento, sin quedar arrobado en el amor de su belleza? Es vivísimo el brillo de sus ojos, muy apacible la luz de su semblante; y la dulce sonrisa de sus labios encadena el corazon de sus amantes hijos. ¡Cuán bellos son tus amores, le decia el esposo de los cantares; más agradables son, que el vino; y la fragancia de tus perfumes, excede á todos los aromas. Son tus labios un panal que destila miel; miel y leche tienes debajo de la lengua. Eres la fuente de los huertos, el pozo de aguas vivas que bajan con ímpetu del monte Líbano. Tú heriste mi corazon, hermana mia, mi muy amada esposa, heriste mi corazon con una sola de tus miradas, con una trenza de tu hermoso cuello. [1] Y en este instante, nosotros tambien, ¿no nos sentimos heridos con el dardo

(1) Cant. IV. 8.

del amor mariano? Sí, Señores, ese dardo ha traspasado nuestro corazon, y ha encendido en él, un fuego celestial que lo abrasa y consume.

¡Oh, esa Niña sagrada es tan pura y hermosa, tan santa y amable, tan llena de gracia y virtud, que es la dicha del hombre, la gloria del cielo, el encanto de Dios sobre todas sus criaturas. Mas. ¡Ay! Al decir estas cosas, pongo los ojos en mi conciencia, y tengo que exclamar: ¡Ay, miserable de mí! que quisiera volar en alas de mi amor hasta el trono de mi Reina, y estrechar entre mis brazos sus piés virginales, y mostrarle con mi llanto lo que la amo; pero mi corazon está manchado, y es indigno de su santo amor. Por esto me contento, y aunque sea de léjos, con suspirar por Ella, y entre tanto, vosotros más felices, levantad vuestras miradas, y contemplad su gloria; tened vuestra conversacion allá en los cielos, y gozaos en la inefable dicha de María; cantad sus alabanzas con amor filial, y bendecid á Dios que la ha exaltado sobre todos los coros de los ángeles; tened confianza en Ella, pues todo lo consigue del Señor, y es una Madre que os tiene grande, muy grande y generoso amor. Amadla así vosotros, y ese amor os dará en esta vida todos los bienes de la gracia, y en la otra, todas las riquezas de la gloria, que os deseo.